

JUAN GABRIEL TOKATLIAN

Investigador del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales (IEPRI) de la Universidad Nacional de Colombia. Actualmente, es Profesor Invitado de la Universidad de San Andrés en Argentina.

GUERRA INTERNA, INJERENCIA EXTERNA

Las conversaciones entre el gobierno constitucional de Colombia y la insurgencia de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, FARC se han estancado. Es probable que los contactos formales se reinicien, pero no es claro cómo evolucionarán las negociaciones concretas en el corto plazo. Para entender las posibilidades de éxito de una paz cada vez más distante, resulta insoslayable preguntarse por la naturaleza cambiante de la guerra en Colombia.

En general, en círculos políticos, académicos y periodísticos, se sigue mirando el enfrentamiento bélico como hace unos lustros. Sobre la guerrilla, se resalta que jamás podrá alcanzar el poder nacional. Sobre el establecimiento, se destaca que a pesar de sus ocasionales gestos pacificadores, no está dispuesto, en realidad, a transar porque puede asumir aún los costos de la guerra. Sobre la derecha más ideológica, se sobrentiende que sigue operando de manera controlada dentro del sistema a través del bipartidismo. Sobre el estamento militar, se subraya que, en definitiva, sigue siendo el último bastión que protege la integridad territorial. Sobre el narcotráfico, se insinúa que los lustros de combate antidrogas y el desmantelamiento forzoso de la primera generación de los grandes capos de Medellín y Cali ha implicado una reducción significativa de su incidencia en la vida política, económica y militar en el país. Sobre el frente externo, se concibe que la tradicional insularidad colombiana, que el secular apego de la élite a Estados Unidos y que el desinterés relativo de la comunidad internacional frente a la violencia doméstica, constituyeron una especie de garantía para la preservación del *statu quo* interno.

Más de tres décadas de repetición de estas pautas terminó por generar la sensación, entre observadores y especialistas, de que nada ha cambiado o de que todo será siempre lo mismo en Colombia. Eso parece errado; si bien en apariencia todo ha seguido igual, mucho se ha transformado. Probablemente, y más allá de la voluntad de los agentes participantes en la guerra, de sus objetivos originarios, de sus tesis y anhelos, el conflicto armado colombiano podría estar apuntando en una dirección distinta a la que se ha pensado.

Varios factores podrían inscribirse en esta dirección: una guerrilla que consolida su influencia regional y su dominio territorial sin abandonar la búsqueda del poder político nacional; un establecimiento que, en el fondo, parece más inclinado a conceder kilómetros cuadrados que a redistribuir poder político y económico; una derecha recalcitrante que ha organizado un paramilitarismo agresivo y virulento con aspiración de control espacial e influencia política propias; unas fuerzas armadas que no pueden garantizar de modo serio un manejo soberano del espacio nacional; un narcotráfico mimetizado en términos sociales y capaz de apoyar con vastos recursos todas las estructuras (de derecha e izquierda, civil y militar, no gubernamental y estatal) de violencia existentes, y un frente externo en el que Estados Unidos tiene intereses geopolíticos y ambientales crecientes en el área andina, en que crece la alarma por el deplorable estado de los derechos humanos en el país y en que la desintegración geográfica no es percibida como un asunto inconveniente, como si lo fue durante la Guerra Fría.

En ese contexto, es posible pensar que la guerra irregular colombiana devenga en guerra civil o en guerra separatista. En uno u otro escenario, el componente internacional sería fundamental. Ahora bien: ¿qué indica la literatura más reciente

sobre el asunto de la guerra civil y sobre la cuestión de la guerra separatista?

Respecto a lo primero, según Barbara F. Walter¹ y con base en un detallado estudio empírico que analiza el desarrollo y la conclusión de 41 guerras internas entre 1940 y 1990, la gran mayoría de las guerras civiles durante esos 50 años no culminaron en una mesa de negociación, sino con el exterminio o con la capitulación de una de las partes.

Refutando tanto la perspectiva racionalista que postula que los cálculos costo-beneficio de los actores armados son los que dificultan un acuerdo pacífico a un conflicto, como la perspectiva idealista que señala que las emociones y los valores envueltos en una guerra civil son los que impiden alcanzar una salida no bélica, ella afirma que la alternativa negociada exitosa se logró sólo cuando una tercera parte, distinta al conflicto, respaldó de modo decisivo un compromiso entre las partes.

La sensación de enorme vulnerabilidad militar de los participantes de un enfrentamiento armado, sumada a la desconfianza ante el "otro", hace imposible arribar a compromisos serios. El miedo y la inseguridad de los adversarios hace difícil la salida negociada. Sin embargo, si las partes están en un contexto de simetría y acuerdan un proceso de transición en el que la implementación de lo convenido sea garantizada

1. Barbara F. Walter, "The Critical Barrier to Civil War Settlement", en *International Organization*, 1997.

por un tercer actor, entonces es altamente probable que se llegue a una resolución pacífica a un conflicto por más doloroso que éste haya sido. Es preferible, de acuerdo a Walter, que el garante sea un Estado determinado.

Ahora bien, ¿cómo hacer que la participación de un tercero sea creíble? Primero, el Estado interviniente debe tener intereses tangibles en el país en guerra. Segundo, este Estado debe estar dispuesto a usar la fuerza, incluso militar, para garantizar el cumplimiento de las promesas firmadas. Y tercero, aquel Estado debe mostrar constante firmeza.

En ese sentido, y si el caso de Colombia se asemeja a lo aquí expresado, entonces es probable que una tercera parte con poder nítido e intereses específicos, como Estados Unidos, vaya a jugar un rol decisivo. Y en esa misma dirección, no parece descartable la amenaza palpable y el uso directo de la fuerza por parte de Washington para forzar una eventual solución a la guerra colombiana.

¿Se está, por lo tanto, *ad portas* de un intervencionismo unilateral de Estados Unidos en Colombia? Improbable. De llegar a una acción concreta, Washington optará, quizás, por un mecanismo multinacional o multilateral. No debería descartarse una modalidad de injerencia hemisférica, por vía de una coalición *ad hoc* de naciones, para definir la gue-

rra o para afirmar la paz; dos opciones distintas que responderán a condiciones nacionales y continentales diferentes en favor de una salida negativa o de una salida positiva al complejo enfrentamiento armado colombiano. ¿Adquirirá esta política cada vez más dinámica? Posiblemente. En la medida en que Colombia no resuelva la enorme crisis de ingobernabilidad que vive, Estados Unidos liderará expresa o tácitamente la búsqueda de alternativas drásticas. Para lograrlo ya ha impulsado, con bastante éxito, la identificación de Colombia como un caso que no sólo afecta la seguridad estadounidense, sino también la seguridad colectiva de las Américas.

En cuanto a las guerras separatistas, Alexis Heraclides² sostiene que éstas son "confrontaciones armadas entre un Estado soberano e independiente y un movimiento de base regional que intenta separarse de aquel o busca una forma amplia de gobierno propio a nivel territorial". Para el autor, esas guerras no deben confundirse con las de carácter étnico o religioso. Sólo se necesita un actor regionalmente poderoso con voluntad y capacidad de desafío combativo al Estado central para que se presente un conflicto armado con visos separatistas.

Las modalidades de separatismo oscilan entre la secesión que implica crear un nuevo Estado, la desunión que significa incor-

² Alexis Heraclides, "The Ending of Unending Conflicts: Separatist Wars", en *Millennium*, 1997.

porarse a otro Estado existente o el auto-gobierno que es la fórmula de mayor autonomía posible bajo un mismo Estado. Descartado el caso de la desunión como el realmente más improbable e inverosímil, los escenarios de la secesión o del auto-gobierno son hipótesis a ponderar. El peor escenario de la secesión transformaría a Colombia en una suerte de ex-Yugoslavia latinoamericana; el mejor escenario del auto-gobierno la convertiría en una Suiza confederada. Entre uno y otro escenarios hay un abismo y sobresalen situaciones intermedias complejas y ambiguas con implicaciones distintas. Cualquiera sea el escenario resultante, es imperioso asumir que, para bien o para mal, el futuro de Colombia afectará la geopolítica hemisférica y regional, estará muy ligado a las nuevas formas de intervención, amenaza coercitiva y uso de la fuerza e incidirá sobre la evolución política y militar del continente.

Cabe destacar que, según Heraclides, al contrario de las guerras revolucionarias que, en su mayoría, culminan con la derrota militar de una de las partes, las guerras separatistas parecen más aptas para el compromiso. Luego de estudiar 70 conflictos separatistas entre 1945 y 1996, señala que el 21% de ellos terminó en un triunfo militar del Estado y el 10% en una victoria del contrincante. El 31% culminó de manera negociada mediante formas diferentes de gobierno indepen-

diente o gobernación autónoma. El resto se caracteriza por casos superficialmente congelados pero con violencia intermitente o por la prolongación de combates sin salida de ningún orden. Paradójicamente, entonces, si el caso del conflicto armado en Colombia tuviese connotaciones separatistas, éste siguiendo el argumento de Heraclides podría tener más probabilidad de resolverse por vía de la negociación.

Sin embargo, más allá de las paradojas, ¿pueden prevenirse los dos escenarios de guerra civil o guerra separatista? Ciertamente. No obstante, ello requiere un conjunto elemental de condiciones: un verdadero consenso nacional en materia de paz y de relaciones internacionales, un incremento notorio de la capacidad disuasiva del país en lo político, lo diplomático y lo militar, un viraje substantivo en cuanto al fortalecimiento efectivo de un Estado legítimo y el inicio de un profundo ajuste autónomo para reconstruir la sociedad.

La participación externa en la guerra o en la paz interna no es ni inexorable ni fatal. La contribución del exterior a una negociación doméstica dependerá, en gran medida, de Colombia y, en ese caso, aún es prematuro suponer que existen en la actualidad las condiciones nacionales óptimas para que el país, como un todo, gane con un papel decisivo de la comunidad de naciones.